

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

Y NO HALLÉ COSA EN QUE PONER LOS OJOS

POR FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

«Ya que la crisis nos quita tantas cosas, que nos arrebató también esa mezquina pasividad que habitamos desde hace demasiado tiempo. Llamemos, en definitiva, las cosas por su nombre»

ESTA crisis de larga duración, convertida no solo en fabricante de sufrimiento social, sino en punto de ruptura entre dos estados de ánimo, entre dos maneras de contemplar la vida, tiene una sola ventaja: la posibilidad y la exigencia de hablar claro y alto sobre algunas cosas a las que España ni siquiera debía haberse acostumbrado. Roto el bienestar, se fractura el silencio vergonzante. La opinión cancela su timidez y deja de confundir las buenas maneras con la falsificación. Lo que debía haber sido el campo del debate público ha sido corrompido por el silencio de unos intelectuales y por la charlatanería complaciente de otros, que empezaron por callar lo que pensaban y acabaron por pensar lo que decían.

Si examinamos las cosas con atención, podremos observar que la crisis ha venido a dejar al descubierto un innumerable temario de asuntos que han condicionado nuestra convivencia. En España no ha habido debates sobre lo fundamental, sino tertulias sobre lo accesorio. No hemos asistido a la traición de los intelectuales, sino a su simple expiración. Ni siquiera tenemos propagandistas, porque ha sido mucho más fácil el ejercicio de los toques de ordenanza. Hemos sembrado estanques y hemos recogido la podredumbre de las aguas quietas. Donde debía colocarse la tensión, hemos obtenido la inercia. Donde habíamos de conseguir el estímulo del pensamiento, hemos topado con el conformismo. Donde merecíamos el atrevimiento del espíritu, hemos ganado la docilidad de la materia.

Este paisaje inerte, ahora, viene modificándose: exige que lo miremos de frente y saquemos del silencio abrumador, que expresa el desconcierto y la inútil resignación, palabras que consigan, por lo menos, devolvernos al punto de partida, a plantear los problemas reales de España y a abandonar los simulacros estéticos en los que nos hemos estado entreteniendo. Ha llegado el tiempo de acabar con ese inexplicable temor a herir la susceptibilidad de quienes siempre fueron menos, pero que no han dejado de beneficiarse de nuestro respeto mal entendido para presentarse, ante nuestro terco silencio, como la única voz con solvencia en esta tierra. Ya que la crisis nos quita tantas cosas, que nos arrebató también esa mezquina pasividad que habitamos desde hace demasiado tiempo. Llamemos, en definitiva, las cosas por su nombre. Lo cual, a la vista de tanto trapicheo verbal, a la vista de tanta falta de correspondencia entre las palabras y los hechos, no es poca cosa.

La reunión entre el ministro de Hacienda y los

responsables de la materia de las comunidades autónomas ha expresado un problema de fondo, que es el de las cuentas públicas de España. En sus desequilibrios, en su desorden, en esa baraja de déficits con la que jugamos la partida de nuestros recursos, hay mucho más que una necesidad de ajuste técnico. Sobre la mesa se encuentran una concepción de España y la viabilidad de una nación no solamente en el capítulo de los ingresos y los gastos, sino en el de la soberanía y el sentimiento de comunidad de ciudadanos. Estamos hablando de la falta de sentido de Estado, de la falsificación de nuestra representación parlamentaria, de la inconsistencia de nuestra democracia, si por esta entendemos un sistema en el que quien gobierna lo hace en nombre de los españoles.

Sabemos que la construcción de nuestro sistema constitucional tuvo un factor de debilidad de origen, que no ha dejado de manifestarse en desencuentros irresolubles entre españoles y en la construcción de hábitos indeseables de legitimación. Creímos que bastaba con elaborar una Constitución y con la sensatez que procedería de las libertades expuestas en su articulado para que España pasara a residir no solo en los textos jurídicos o en los engranajes administrativos, sino en la inteligencia y en la emoción de los españoles. Fuimos lo bastante ingenuos, o lo bastante arrogantes, al considerar que era suficiente con dar por sentada la existencia de España para hacerla viva y operativa. Dimos por hecho lo que siempre es tarea. Condenamos a la inmovilidad lo que siempre es avanzar hacia el futuro. Olvidamos que la nación es lo que se construye, no lo que se conserva.

Los nacionalismos, por el contrario, a pesar de su esencialismo, tuvieron muy claro desde siempre que sus naciones tenían que ser construidas. Recuérdense los constantes llamamientos de Jordi Pujol a «hacer Cataluña» o los de Arzalluz «primero hacer pueblo, luego la independencia». Y los nacionalistas han conseguido transmitir a la sociedad la imagen de poseer una esperanza alimentada todos los días, escenificada continuamente, afirmada en una soberanía irrevocable

frente a quienes estaban dispuestos a negociar la suya. Los ciudadanos suelen tener buen olfato para detectar dónde se encuentra la creencia y dónde se hallan la tibieza o el escepticismo. Y tienen derecho a fascinarse por quienes creen en algo.

Ahora la crisis económica nos hace ver con todo su dramatismo la flaqueza de un esquema de convivencia que ya se hallaba presente en la formulación de nuestra soberanía tras el fin de la dictadura. Ahora nos damos cuenta de la falta de una «crítica nacional» desplazada hacia las «críticas nacionalistas», de la desgarradora carencia de valores, de la pérdida de un sentido del tiempo y de la incapacidad de elaborar proyectos para el conjunto de la sociedad. España pasó a ser la residencia casual de diecisiete territorios, diecisiete pueblos y diecisiete conciencias de seres diferenciados. El resultado no ha sido el de mejorar la identidad de cada uno, sino el de perder la identidad de todos. Políticos de todos los colores, dirigentes de partidos que se consideran nacionales, han pasado a querer representar en exclusiva los intereses de su demarcación electoral. La competencia por la obtención de recursos ha provocado la afirmación de identidades radicalmente diferenciadas, sobre las que se levantan relaciones sociales que no nos inspiran el esbozo moderno de una democracia próxima, sino la rancia memoria del cercano caciquismo.

Sin duda, esta crisis puede exasperar los enfrentamientos entre comunidades que han ido nutriendose de ese endurecimiento del discurso local oponiéndolo al nacional; un discurso que han ido gestando autoridades que no se sienten parte de un país, sino representación completa de un territorio soberano. Esta crisis ha puesto de manifiesto la profunda agresión al proyecto político democrático que se constituyó en 1978: la destrucción de los partidos nacionales, convertidos en portavoces de un interés regional concreto. Lo cual añade a la agresión una paradoja singular. Y es la asunción por las fuerzas políticas que se consideran representantes de la nación de una lógica que siempre ha correspondido a los partidos nacionalistas, que reducen su legitimidad a ser portavoces integrales de una parte de España. Del mismo modo, la crisis ha pasado a advertirnos de lo que algunos ya habíamos considerado una de las averías más profundas de nuestra democracia. La pérdida de un sentido nacional que poco tiene que ver con una superflua y pomposa exhibición patrioter. Pero que tiene todo que ver con la defensa de una patria común que, además de estar en nuestra Constitución, debería encontrarse en la mentalidad de sus ciudadanos y en las acciones de un Gobierno que aspire a representar en Europa algo más que una leve y atropellada conjunción de intereses negociados. Ante este panorama también nos ocurre a nosotros como a Quevedo, que no hallamos lugar donde poner los ojos.

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR
DIRECTOR DE LA FUNDACIÓN DOS DE MAYO,
NACIÓN Y LIBERTAD

F. FEIJOO
ANTICUARIOS
desde 1950

**COMPRO ANTIGÜEDADES,
BARGUEÑOS,
PINTURA ANTIGUA Y
RELIGIOSA.
ANTIGÜEDADES FILIPINAS.**

DIRECCIÓN: C/ Justiniano, 8 Previa cita
28004 Madrid
☎ 91 319 58 29 Móvil: 629 319 700
f.feijoo@hotmail.com